

Algunas notas acerca del tiempo y el espacio en psicoanálisis



MARIANO HORENSTEIN¹

Cada invención teórica es una metáfora, una operación simbólica que recorta la realidad y permite develar capas nuevas de sentido. Cuando una metáfora se agota, otras toman su relevo. La sucesión de paradigmas que Kuhn aísla como modelos de producción científica anota de otro modo esta misma situación: metáforas que son marcos de referencia y glosarios, programa teórico y paraguas bajo el cual, por un tiempo al menos, una comunidad disciplinaria trabaja.

Hay metáforas que iluminan determinado territorio pero dejan en la penumbra su más allá. Pueden venir otras que iluminen con más potencia y así hagan inteligible un mayor espectro de fenómenos, sin que eso signifique descartar las anteriores, aptas para iluminar un área más cercana.

Frente a los límites que encontraba en la psicología de su tiempo, Freud imaginó una psicología del más allá, una *metapsicología*, consistente en una triple perspectiva: *dinámica*, pues se trataba de adivinar fuerzas en conflicto; *económica*, pues a la vez se intentaba ponderarlas, calcular y manipular sus energías, y *tópica*. Aun para pensar en algo tan inmaterial como el alma humana, tan evanescente como su espíritu o tan ilocalizable como el pensamiento, hay que imaginarlo en términos de lugar. Es inevitable inventar emplazamientos aun cuando ya exista una localización física —el encéfalo— para tales fenómenos. El homúnculo que se ha inteligido en

1 Miembro Titular de la Asociación Psicoanalítica de Córdoba. mmhorenstein@gmail.com

el cerebro o las zonas con que los frenólogos han mapeado el cráneo, son apenas algunas de estas invenciones. Pero la idea de lugar parece inevitable.

Habría que evaluar cuál de las metáforas espaciales es más justa para concebir la mente, cuál más operativa para intervenir sobre ella, incluso cuál más poética para narrar sus peripecias (y no se trata de una pretensión estilística: solo una dimensión poética produce sentidos nuevos). Hay una distancia enorme entre la morfología lombrosiana o las zonas de la benevolencia o la esperanza mapeadas por los frenólogos y el territorio dramático en el que se despliega la lucha psíquica para Freud, entre el Aqueronte de las pulsiones y los ejércitos represores o entre esas oscuras y ambiguas anotaciones de Yo, Ello y Superyó. Lacan complejiza más esa metáfora del lugar al facetarla en otro triple registro: imaginario, simbólico y real o en sus incursiones topológicas, a través de figuras como la Banda de Möbius, la Botella de Klein o el Toro.

Vivimos en el pasado. Aun cuando nos imaginamos en un eterno presente, aun cuando nuestro deseo nos propulsa ávido de futuro. Más allá de la constatación —evidente para cualquiera que haya transitado un análisis— de que el presente está moldeado en la matriz del pasado y que la fuente del deseo se alimenta de antiguos afluentes infantiles. Vivimos en el pasado en sentido literal. Escribo palabras en un presente que ya es pasado por cuanto el pensamiento que las anima, forjado en el momento mismo de la escritura, demora en transmitirse a las yemas de los dedos que las escriben. Es pasado por cuanto habrá pasado un buen tiempo desde que estas palabras fueran escritas hasta que puedan ser leídas en algún momento —este preciso momento— por algún lector. Es pasado incluso porque quizás al momento en que sean leídas los pensamientos que originaron estas palabras ya no sean los mismos, o incluso porque el pensador de tales pensamientos no exista más.

La distancia entre el momento de la escritura y el de la lectura es manifiesta. Como es evidente también la distancia entre la composición de una melodía, su ejecución y su escucha. Nadie presupone instantaneidad allí, como sí en una conversación entre amigos, en una clase en que el profesor enseña un teorema a sus alumnos, en el momento en que dos amantes se miran. Pero allí también, allí donde la ilusión del presente está más presente que nunca, allí también somos habitantes del pasado.

La luz que refleja nuestro interlocutor es una luz que demora en viajar, aun cuando esa demora se cuente en fracciones infinitesimales de segundo. A la luz de una luna llena le lleva algo más de un segundo llegar a nosotros, a la del sol le toma ocho minutos. Vemos el sol que existió hace ocho minutos. Pero la luz que nos llega de Alfa Centauro, la estrella más cercana al sol, partió hace más de cuatro años. Lo que experimentamos permanentemente es el pasado. A la vieja frase que recomienda pensar en el futuro, pues habremos de pasarnos la vida entera en él, podríamos aparearle la recomendación de estar en paz con nuestro pasado, pues de eso se trata siempre en nuestra experiencia. En realidad, no tenemos experiencia sino del presente, solo que al momento de pensarlo, escribirlo o contarlo, ya es pasado.

Nunca es azaroso el uso de las palabras, como bien sabía Freud cuando investigó el significado antitético de las palabras primitivas. En ese sentido, no debería sernos indiferente que la palabra *distancia* —que probablemente junto con otras como *lugar* o *viaje* constituya una tríada indispensable para pensar en una geografía psicoanalítica— aluda tanto a la variable del espacio como a la del tiempo. Nos separa una distancia de x años de la generación de nuestros padres, tanto como nos separa una distancia de x kilómetros de los maoríes. Quizás esa multivocidad habilite mejor apelar al tiempo para pensar la distancia, eso que hacemos cada vez que apelamos a la noción de *años luz*: la distancia que recorre la luz en un año.

Se puede viajar en el tiempo sin cambiar de lugar. Atrapo el pasado, y esa es la lógica del recuerdo, o el pasado me atrapa en tanto repetición, como sucede con la reminiscencia. Los lugares se superponen y el diván se convierte en cuna y el consultorio en *playroom* infantil. Pero también hay viajes en el espacio que son a la vez viajes en el tiempo: viajar a ciertos países de Asia o África puede ser volver al medioevo. Ciertas perspectivas de futuro pueden revelarse retrógradas: el progreso —lo sabía Walter Benjamin— es en algún sentido una ficción.

En realidad, en la subjetividad conviven tiempos y espacios múltiples. Si el inconsciente es el discurso del Otro, como pensaba Lacan, a través de ese Otro se introduce la época —en tanto tiempo y también en tanto lugar— en el psiquismo, cuestionando la diferencia, siempre algo arbitraria,

entre adentro y afuera. Pero la percepción de este fenómeno —el Otro de la cultura configurando el psiquismo— solo se hace evidente distanciándonos. Sin esa distancia no nos percatamos de lo que nos determina, como no se percata el pez del agua que lo rodea, que sin embargo impregna toda su existencia.

Cobrando conciencia de lo naturalizado, nos extrañamos afirmándonos en lo que en nosotros mismos hay de extranjero.

EL LUGAR DEL ANÁLISIS

El espacio físico del consultorio psicoanalítico es siempre algo anacrónico y siempre estará en las antípodas de los espacios *high tech* posmodernos. Como el teléfono en *Matrix*, el placard en *Narnia*, el espejo en *Alicia*, un consultorio analítico es una suerte de portal entre mundos paralelos que, abriéndose ocasionalmente, permite conectar mundos que habitualmente se muestran desconectados.

Foucault esbozó una sucinta historia del espacio, bajo paradigmas distintivos: en la Edad Media, se trataba del espacio en tanto conjunto de lugares jerarquizado, cerrado y estable (sagrados y profanos, urbanos y rurales, resguardados y abiertos...). Ese espacio de *localización* habría sido ampliado por Galileo en el siglo XVIII, con el descubrimiento de un espacio infinitamente abierto. Así, la localización es sustituida por la *extensión*, y esta a su vez —en la época en que Foucault escribe— por la *ubicación*. En la ubicación se trata de las relaciones de vecindad entre elementos: «vivimos en el interior de un conjunto de relaciones que determinan ubicaciones mutuamente irreductibles». Pero Foucault se interesa no tanto en esos lugares —casa, cuarto o lecho— sino en otros espacios que suspenden, neutralizan o invierten esas relaciones, que los contradicen. Son espacios que contradicen otros espacios, contraespacios, heterotopías: «una suerte de espacios que están fuera de todos los espacios, aunque no obstante sea posible su localización» (Foucault, 1994, pp. 46-49). Aunque Foucault no lo incluya en su serie, la categoría heterotópica le cabe perfectamente al consultorio analítico, en pleno auge al momento en que Foucault pronuncia su conferencia *Des espaces autres*, cincuenta años atrás.

Si Delos es el lugar —en tanto patria mítica— de la comunidad inconfesable de los analistas², el lugar de cada analista en particular, para cada paciente, cada vez, es un espacio heterotópico que se configura, desconfigura y reconfigura permanentemente.

Probablemente nuestra época sea otra incluso en términos espaciales, y el paradigma de la ubicación —que desplazó al de la extensión y la localización— ya no sea tan válido. Ahora se trata, más que de localización, de *dislocación*. Y la porosidad de las fronteras, la superposición de los espacios virtuales a la vida real, la geografía de las migraciones y la reconfiguración de las identidades, la nostalgia del absoluto de la que hablaba Steiner, la liquidez más que la solidez como marca epocal, nos ubican en otro espacio. Aun así, aún hoy, el espacio analítico sigue siendo de un anacronismo redoblado y heterotópico, quizás más que nunca.

Una heterotopía siempre resulta inquietante, pero a la vez apacigua: no hay demasiados espacios donde todo lo que haya por decir encuentre lugar, donde el juicio se suspenda, donde no haya lugar para normalización alguna. El consultorio analítico es así un espacio de resistencia.

Tiene, por lo general, pocos objetos y uno solo protagónico: el diván. Un diván es como esas almohadas para la cabeza o el cuello que a la venta se promocionan «con memoria», es decir, que recuerdan la posición de quien las usa. En un diván podrán recostarse muchos, hora tras hora, pero basta con recibir la información antropométrica de cada analizante, apenas este apoye una mano o el torso, para que recupere la mejor forma, para que recuerde la posición dejada en la última sesión. Un diván goza así de una memoria infinita, prodigiosa, convirtiéndose en la contraparte perfecta

2 Hubo una isla, una de las Cícladas griegas, que en determinado momento, en el siglo IV a. C., fue purificada y entonces se transfirieron todas las tumbas a una isla vecina. También se ordenó la deportación de todas las personas mayores o enfermas y de todas las mujeres embarazadas. A partir de ese momento, estaba prohibido nacer o morir en Delos. Delos se convirtió en una *no man's land*, ninguno podría decir que había nacido en Delos o había enterrado sus padres ahí. Una tierra de vida, pero de exilio, de todos y de nadie. Hoy deshabitada, la isla de Delos se convirtió rápidamente en un territorio en el que todos los habitantes tenían el status legal de extranjeros. Quizás por eso los extranjeros que la habitaban encontraron allí un punto privilegiado en medio de la ruta entre Oriente y Occidente, un centro que era puro margen frente a uno y a otro. Delos se convirtió entonces en una isla donde nadie podía ser autóctono, una isla que era entonces de nadie y por ende de todos, la capital de la extranjería.

de la escucha analítica, habitada también por una memoria elefantíaca y capaz de albergar varias decenas de discursos a la vez. A la memoria del analista le sucede lo mismo que, físicamente, ocurre con su diván: le bastará escuchar las primeras palabras pronunciadas por alguien al comienzo de una nueva sesión para que se despliegue la constelación entera de los recuerdos pertinentes, el mapa de los afectos, la situación precisa de los escollos y conflictos que han traído a tal o cual al análisis. Y ese mecanismo se activará una y otra vez a lo largo del día, con cada analizante.

El consultorio del analista, tanto como espacio físico como en lo que a la posición del analista se refiere, es *topos outopos*. En ese lugar está enterrado el tesoro de cada uno, siempre distinto al de otro. Cada análisis será la escritura retroactiva del mapa de ese tesoro, el viaje de descubrimiento de ese punto en torno al cual gravitamos. Al cabo del viaje, el tesoro resultará irrisorio en comparación con la riqueza del viaje en sí.

El lugar del análisis es entonces multidimensional: lugar arquitectónico donde se desarrolla el ritual del encuentro cotidiano, lugar disciplinario siempre en conflicto entre las ciencias, lugar inestable al que un analista habrá de advenir en su formación...

El lugar del análisis es un espacio diseñado para alojar lo que se pierde en todos lados menos aquí, lo heteróclito, convirtiéndose en el *lugar común* del que hablaba Foucault y que encarna la mesa de disección donde «el lenguaje se entrecruza con el espacio», donde se albergará lo incongruente en apariencia, a donde todo lo que se diga irá a parar sin filtro ni derecho de admisión... pues, ¿qué otra cosa es la asociación libre sino la invitación a esto?

Un lugar así, antípoda del «no lugar», es un lugar casi sagrado, habitado por cierto misterio por develar. Y en tanto lugar sagrado debe ser cuidado, para que el vacío tenga lugar en él y puedan así desplegarse esos otros espacios imaginarios, los fantasmas espaciales de quien se analiza. Allí se multiplicarán los escenarios fantasmáticos, que se configuran siempre de un modo tan particular como repetitivo e insistente.

Ese lugar que, siendo sagrado, permite todas las profanaciones, es mucho más que una habitación; es también escenario y palestra, página en blanco y cera virgen, lienzo en blanco donde sabrá acogerse, *hacérsele lugar*, a lo más diverso que habita a quien consulta.

Antes de que llegue un paciente, el consultorio del analista se parece a un teatro a punto de comenzar una función: todo está allí, en ese espacio, pronto para que algo suceda. No está garantizado que suceda, ni que el paciente se presente, ni que aparezcan hallazgos afortunados en su decir. Pero algo de ese espacio está diseñado para potenciar la posibilidad de que algo ocurra, de que ese inconsciente que se promueve y se siembra, se cultiva y se espera, se haga presente.

Para ello, ese lugar ha de estar vacío. El vacío de ese lugar remite al futuro, por eso un consultorio analítico no es solo un lugar de memoria sino sobre todo un lugar de futuro, allí donde todo puede imaginarse. No solo se conmemora una pérdida —como en los «lugares de memoria» de los que hablaba Pierre Nora— sino que esa pérdida es puesta a trabajar.

El lugar vacío que el analista propicia es isomorfo al lugar vacío en la Tabla de Mendeleiev, o al vacío envuelto descripto por Barthes en Japón, o al vacío central en torno al cual se configura mucho de la arquitectura japonesa. O, sin ir más lejos, al lugar vacío en el juego del Senku, sin el cual ningún movimiento sería posible. Es gracias a un vacío que hay movimiento, que hay futuro.

ELOGIO DE LA DISTANCIA

El epígrafe de este libro proviene de una película de Chris Marker, *Sans Soleil*. En esa película —luminosa para hablar del tiempo y del espacio— el fragmento del poema de Eliot reemplazaba un epígrafe previo, tornándolo secreto. Y para los psicoanalistas es casi un vicio rastrear en las inscripciones perdidas, como si todo en la vida fuera un gran palimpsesto a descifrar. Allí Marker abrevaba en Racine: *L'éloignement des pays répare en quelque sorte la trop grande proximité des temps* («La distancia entre los países repara en cierta forma la excesiva proximidad de los tiempos»).

¿Cuál es la distancia justa para apreciar mejor lo humano? Por lo pronto, una distancia a partir de la cual empezamos a escuchar, pues la escucha es la especificidad del psicoanálisis y, sin sonido, estamos en el terreno de la etología. A la vez, la cercanía extrema, la familiaridad, puede ser también un obstáculo para la escucha, y la pretensión de que entendemos lo que el otro dice abona los mayores malentendidos.

La distancia que recorre la luz en una unidad de tiempo dada es n veces mayor a la recorrida por el sonido. Por ese motivo, entre otros, la imagen es más pregnante e inmediata que el sonido; es por eso que escuchar es más trabajoso que mirar, aunque no sea sencillo mirar.

Hay una distancia precisa, justa, que hay que poder calibrar en cada oportunidad. Tanto como los tiempos coexisten en el relato de un paciente, los lugares también. Sostenemos una ficción cuando pensamos que todo en una sesión sucede en el aquí y en el ahora del encuentro. Aun cierto en un sentido, el pasado recordado o actuado y el futuro que orienta tanto el deseo como el ideal están allí en tiempo presente. Igualmente, una sesión está localizada en un consultorio de tal o cual barrio de tal o cual ciudad, pero otros lugares reverberan allí. Por lo pronto otro consultorio, aquel donde el analista se tendió a analizarse, quizás en otra ciudad, en otro país, está presente allí. Otros lugares están en tanto espacios del deseo o del ideal, quizás un aséptico consultorio anglosajón en un país donde nieva mientras aquí agobia el calor. También los espacios desmentidos como inexistentes, los espacios del dolor de los otros. No hay coordenadas que no se establezcan sin referencia al Otro. Y demasiado a menudo nos orientamos en psicoanálisis por meridianos que pasan por Greenwich, sin advertir allí los resabios imperiales.

Acercando o alejando la mirada en demasía, nos alejamos de la especificidad de lo humano; delimitar dónde comienza el mundo de los microorganismos o de las estrellas sirve para establecer los límites del espacio de lo humano. Lo humano, en tanto aparece en la experiencia psicoanalítica al menos, es decir: lo humano en tanto fallido. Hay una verdad de la especie que solo aparece en los proyectos inconclusos, en los lapsus, en los desajustes neuróticos, en las ruinas, en la perplejidad ante la muerte. En ningún lugar se revela mejor esa dimensión de la experiencia que ante la presencia de un psicoanalista.

La globalización lleva implícito el anhelo de diluir las distancias. Una hamburguesa o una gaseosa han de tener el mismo gusto en cualquier lugar del planeta, del mismo modo que cada país ofrecerá lo mejor que tiene, o al menos lo mejor que tiene en el imaginario de quienes asignan los lugares: así como antes a unos les tocaba contribuir con la materia prima mientras otros la manufacturaban, ahora los antiguos países proveedores

también fabrican, a costos irrisorios, mientras los países centrales se reservan el lugar del diseño y del *management*. Sea en forma de homogeneidad o complementariedad, se trata allí de un mundo sin falla, sin el desacople que la distancia insta. El mundo de la globalización pretende hacer como si la distancia no existiera.

El mundo al alcance de un clic o de un vuelo, *Google Maps* como espejo de un mundo en el que nada queda lo suficientemente lejos. Productos y saber pretenden circular sin que el atravesamiento de grandes superficies y fronteras geográficas y culturales les haga mella. El psicoanálisis no es inmune a ese afán imperialista, y sus instituciones pretenden a menudo exportar el psicoanálisis como si se tratara de teorías congeladas (Legendre, 2012). Teorías que solo basta desempaquetar y descongelar para usar. Teorías que vienen con instrucciones precisas e instructores, casi *services* oficiales que harán que la garantía con la que se ofrecen sea válida.

Solo que eso no funciona. No funciona ni siquiera para hamburguesas o gaseosas, pues basta probar una *Big Mac* en Tokio para darse cuenta de que no sabe igual que el de San Francisco, tanto como la *Coca-Cola* de Mendoza no tiene el mismo gusto que la de París. Es que las diferencias resisten, y el agua o la carne que se utiliza desmienten cualquier afán homogeneizador.

Junichiro Tanizaki se pregunta qué habría sucedido «...si Oriente y Occidente hubieran elaborado cada uno por su lado, de manera independiente, civilizaciones científicas bien diferenciadas, ¿cuáles serían las formas de nuestra sociedad y hasta qué punto serían diferentes de lo que son?» (Tanizaki, 2006, p. 19). Cuesta pensar que Oriente podría haber inventado una disciplina como el psicoanálisis, quizás porque no la hubiera necesitado. Cuesta pensar también que el psicoanálisis podría haber surgido en una ciudad de Occidente no infiltrada por lo extranjero. En verdad, se trata de especulaciones contrafácticas sin ningún destino; lo cierto es que la invención freudiana surge en el cruce, en el desajuste provocado por la mezcla de culturas que no hace sino redoblar y evocar el desajuste íntimo, intrapsíquico, del que una disciplina como la fundada por Freud puede surgir. ♦

RESUMEN

El presente texto es el extracto de un libro que explora de modo ensayístico las implicancias del «lugar» en Psicoanálisis, fundamentalmente a partir del lugar extranjero del psicoanalista en la ciudad y del carácter extranjero de su disciplina dentro del conjunto de saberes.

Descriptor: METÁFORA / TIEMPO / ESPACIO / PSICOANÁLISIS / ENCUADRE PSICOANALÍTICO / USO DEL DIVÁN / MEMORIA / ESCUCHA / GLOBALIZACIÓN

ABSTRACT

This article is extracted from a book which explores, as an essay, the features of «place» in Psychoanalysis. Mainly taking into account the foreigner's place, that is the place of the analyst in the city, and his own discipline as foreign among others.

Keywords: METAPHOR / TIME / SPACE / PSYCHOANALYSIS / ANALYTIC SETTING / USE OF THE COUCH / MEMORY / LISTENING / GLOBALIZATION

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Augé, M. (2008). *Los no lugares. Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*. Barcelona: Gedisa.
- Barthes, R. (2009). *El imperio de los signos*. Barcelona: Seix Barral.
- De Freitas Giovanetti, M. (2010). Sobre a natureza e função do currículo na formação analítica, *Jornal de Psicanálise*, 43(79), 181-185.
- Foucault, M. (1984). Des espaces autres. *Architecture, Mouvement, Continuité*, 5, 46-49. (Traducción al castellano por Luis Gayo Pérez Bueno, publicada en revista *Astrágalo*, 7, septiembre de 1997).
- Horenstein, M. (2020). *Brújula y diván. El psicoanálisis y su necesaria extranjería*. Córdoba: Viento de Fondo.
- Legendre, P. (2012). *El tajo*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Preta, L. (ed.). (2018). *Dislocated Subject*. Rome: Mimesis International.
- Steiner, G. (2008). *Nostalgia del absoluto*. Madrid: Siruela.
- Tanizaki, J. (2006). *El elogio de la sombra*. Madrid: Siruela.